

El último viaje de Maria Caterina Brondi. Una mística en la corte del gran duque de Toscana durante el primer tercio del siglo XVIII*

MONTSERRAT MOLINA EGEA

El trabajo gira en torno a la figura de Maria Caterina Brondi (Sarzana, 1684 – Pisa, 1719), una mística italiana conocida en la época como la *santina di Sarzana*. Su experiencia espiritual, vivida entre la República de Génova y el Gran Ducado de Toscana, y que se inscribe dentro de los patrones marcados por las santas Catalina de Siena y Teresa de Jesús, le valió la consideración de sierva de Dios e incluso ser objeto de los primeros pasos de una causa de beatificación, la cual, en cualquier caso, no tuvo continuidad, según se constata en la investigación desarrollada hasta el momento. Su caso es coetáneo al de la beata Florida Cevoli y a santa Verónica Giuliani, más conocidas a nivel bibliográfico y cuyos nombres resuenan en ocasiones entre la documentación relativa a Brondi. Como ellas, Maria Caterina responde a la figura de «santas vivas», en expresión de Gabriella Zarri para referirse a las mujeres carismáticas a las que se rindió devoción en vida.

* Resumen del trabajo final del Màster d'Estudis Històrics, defendido en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona el día 26 de junio de 2013, ante el tribunal formado por los Dres. Xavier Gil Pujol (director del trabajo), Adela Fargas Peñarroya e Ida Mauro. El trabajo mereció el Premio Extraordinario del Máster en el curso 2012-2013.

El estudio de esta sierva de Dios ofrece una visión general de su existencia y de su experiencia espiritual, destacando de ellas tres aspectos. El primero es un viaje que puede ser interpretado desde la dualidad: físico —el desplazamiento desde Sarzana, su ciudad natal, a Pisa— y simbólico —la propia muerte—. El segundo aspecto es el patronazgo espiritual ejercido por el gran duque Cosme III (1642-1723) sobre ella. Y el tercero es el posterior proceso de elaboración de su hagiografía, en el que se vislumbran las luchas entre quienes se erigieron como adalides del personaje y quienes cuestionaron la autenticidad de su experiencia. De manera que una parte importante de la investigación se ocupa en realidad de la parte final y póstuma de la historia de esta mística. A través de estos puntos se habla del papel de Brondi, de su valor como intermediaria entre Dios y los hombres, de la devoción generada a su alrededor y de la implicación de las autoridades políticas y eclesiásticas. La reconstrucción de la forma de vida por la que Caterina optó y del camino de perfección que se impuso, sin abandonar la laicidad, permite una significativa aproximación a la mentalidad religiosa y al ambiente cultural de la época. A través del mencionado papel del gran duque se puede conocer una posible manifestación concreta del llamado *bigottismo* —demostraciones de devoción y prácticas del culto más evidentes de cara al exterior que en su práctica interior—, mientras que, por otro lado, las reacciones de la jerarquía religiosa —sean los obispos de Sarzana y Pisa, sea la misma Santa Sede— permiten ilustrar el grado de receptividad y de reserva que la Iglesia católica mostró ante este tipo de experiencias espirituales en una época marcada por las polémicas en torno al quietismo.

Las fuentes documentales en que se basa este trabajo son las siguientes: Archivio di Stato di Firenze Miscellanea Medicea 162 y 375; Archivio di Stato di Pisa, Ospedali Riuniti 3242; Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, Magliabechiano xxxviii, 45; Biblioteca Riccardiana di Firenze, 2455; Archivio Storico Diocesano di Lucca, Reparto Santi, posiz I; así como la colección legislativa *Legislazione Toscana*. En cuanto a la bibliografía, se ha seguido en buena medida la línea de la notable renovación que autores italianos han realizado de los estudios de reli-

giosidad y cultura religiosa, principalmente Marina Caffiero, Marcello Fantoni, Vittoria Fiorelli, Gaetano Greco, Claudio Leonardi, Bernadette Majorama, Adelisa Malena, Maria Pia Paoli, Giovanni Pozzi, Adriano Proserpi y la ya citada Gabriella Zarri. Se ha prestado especial atención a aquellos autores que se aproximaron al caso de Brondi con anterioridad, entre ellos y a modo de ejemplo, el mencionado Proserpi, Casimiro Bonfigli, Elena Bottoni, Paolo Cabano, Antonio Fascetti, Joseph de Guibert y Luigi M. Levati.

Para entender el patronazgo espiritual ejercido por Cosme III sobre Maria Caterina Brondi hay que detenerse en el papel que la religiosidad ocupó en su labor política (1670-1723), influencia de la herencia medicea y de la educación recibida de diversos preceptores, y que ha sido tratada, entre otros, por Franco Angiolini, Vieri Becagli y Marcello Verga. El gran duque era un hombre interesado por la organización y funcionamiento de iglesias, conventos y monasterios, las actividades asistenciales y caritativas, las formas de adoctrinamiento popular, las manifestaciones devocionales, la promoción del culto a los santos —entre ellos san José, protector de sus estados—, el patronazgo de mujeres místicas y, por extensión, la búsqueda y custodia de imágenes y reliquias. En su faceta de mecenas participó en la financiación de obras ascéticas y hagiográficas, como las ediciones que el padre jesuita Antonio Maria Bonucci dedicó a la beata Clara de Rimini (1718) y al rey Alfonso I de Portugal (1719).

El *bigottismo*, ya mencionado, fue uno de los rasgos definitorios de su carácter y lleva a presuponer su conocimiento de la tratadística política de la época, donde se argumentaba sobre la significación de ser un verdadero príncipe cristiano, la idea de razón de estado y la obediencia debida al rey o gobernante legítimo. En este ambiente, los denominados santos de corte y los objetos relacionados con ellos simbolizaban la protección de Dios sobre los territorios y hacían copartícipes a los gobernantes de su proximidad a la divinidad. Cosme III no fue una excepción en este sentido, todavía menos en un momento en el que el fallecimiento de diversos miembros de la dinastía medicea y la falta de descendencia planteaban un problema sucesorio. La Iglesia católica,

con quien el gran duque mantuvo una relación diplomática correcta, apoyó este juego de la sacralización, a pesar de que la defensa jurisdiccional por parte de Cosme III comportó ciertas oscilaciones, en especial al objetar este último que la Inquisición pudiese cumplir actos ejecutivos en el territorio de Toscana.

El Concilio de Trento significó un antes y un después en el control y sumisión de las demostraciones religiosas que no se encontraban bajo las formas consideradas ortodoxas por la Iglesia católica. En particular, y para lo concerniente al caso aquí estudiado, se consideró que la relación directa con la divinidad suponía un cuestionamiento a la mediación eclesiástica, de manera que se codificaron los modelos de santidad, se redefinió una y otra vez ese concepto con la intención de erradicar los casos de falsedad, y se redactaron normas, tratados y guías espirituales. En materia hagiográfica se excluyeron los hechos que no podían probarse históricamente. Aparecieron conceptos como la virtud heroica o el discernimiento de los espíritus, y se creó la categoría de beato, aquella persona que vivía en santidad y era honrada por los devotos tras haber pasado el escrutinio inicial de la Sagrada Congregación de los Ritos. Se emplearon, además, dos herramientas útiles: la dirección espiritual y la evangelización de la población mediante las misiones populares.

Todo ello estaba plenamente vigente a inicios del siglo XVIII. Y se le sumó la polémica acerca del quietismo, que tuvo un momento álgido con el proceso inquisitorial y la condena del español Miguel de Molinos por su *Guida spirituale* (1675). Además, en conventos y monasterios se hizo habitual la presencia de mujeres con experiencias visionarias y carismáticas, que llevaban vidas paramonásticas y que procedían de un estrato social pobre. A la defensa y la crítica a la figura femenina, siempre situada entre el bien y el mal en el imaginario simbólico cristiano, se sumó la discusión sobre su capacidad intelectual para entender la sabiduría divina. La escritura jugó un valioso papel, pues las relaciones y los textos autobiográficos redactados por obediencia a los directores espirituales fueron utilizados en los procedimientos sobre santidad junto a los atestados, la correspondencia y las hagiografías.

En estos contextos religioso y político se desarrolló la vida de Maria Caterina Brondi, hija de un comerciante, nacida el 24 de marzo de 1684 en Sarzana, provincia de La Spezia, quien comenzó a tener visiones de Jesucristo, la Virgen María y diversos santos alrededor de 1700, llegando incluso a contemplar la Pasión del Señor. Sin embargo, fueron las misiones populares las que desempeñaron un papel importante en su experiencia. Primero, situándola bajo la dirección espiritual de Giovanni Bartolomeo Mascardi, canónigo de la catedral, a quien siguieron el franciscano claustral Bonaventura d'Amelia y el obispo Ambrogio Spinola. Segundo, permitiéndole conocer al célebre predicador y padre jesuita Paolo Segneri *junior* —así llamado en las fuentes para diferenciarlo de su tío, del mismo nombre—, a quien Caterina acompañó durante las misiones que desarrolló en las vecinas localidades de Lucca y Massa.

El periplo de Maria Caterina por la geografía genovesa y toscana se inició en 1709, cuando viajó hasta Lerici, en el golfo de La Spezia, con la intención —finalmente frustrada— de tomar un barco que la llevase a tierra de infieles para ejercer como misionera. En fases posteriores de su camino, que podría considerarse como un peregrinaje, regresó en otras dos ocasiones a Massa —para venerar una imagen de la Virgen y para visitar el convento de Santa Chiara— y en 1714 viajó a Génova, donde pasó tres meses en el hospital de Pammatone, asistiendo a las enfermas. Allí conoció al príncipe Doria, al *dux* Giovan Antonio Giustiniani y al pintor Domenico Parodi, entre otras personas. Sus vicisitudes llegaron a oídos de Cosme III, que recibió información periódica por parte del canónigo Mascardi e incluso llegó a acumular diversos objetos pertenecientes o relacionados con ella.

Sin duda, Brondi fue un ejemplo de la tradición barroca que unía la espiritualidad al dolor y a la emulación de Jesucristo, en un intento por conseguir no solo la propia salvación, sino también la salvación de la comunidad. Su vida transcurrió en el retiro, dejando por escrito sus experiencias e incorporando una serie de penitencias que incluían, entre otras, los cilicios y el ayuno, siendo sus únicos alimentos el pan de la Sagrada Hostia y algunas semillas. El examen de diversos teólogos

le comportó ser considerada por Roma un espíritu probado y una misionera, permitiéndosele vestir dicho hábito. Según las fuentes, Dios le otorgó diferentes gracias, como la levitación, la profecía, ver a las almas del Purgatorio y ver en el interior de las personas, algunas de las cuales, tras confesarse con ella, cambiaron el modo de vida. También se han conservado testimonios de su faceta como intercesora de milagros y curaciones.

El viaje de Maria Caterina Brondi a la ciudad de Pisa se enmarca dentro de los mandatos que dijo recibir de Dios. En marzo de 1719 las autoridades eclesiásticas le otorgaron licencia para trasladarse, siendo designado como director espiritual monseñor Francesco Frosini, arzobispo de la ciudad, y como lugar de destino el hospital del convento de Santa Chiara. A pesar de no tener potestad decisoria, Cosme III mantuvo contacto postal con el arzobispo y también con Ambrogio Spino-la, obispo de Sarzana, con la intención de lograr la conformidad en ambas partes de cara al viaje.

El 6 de mayo Caterina partió hacia Pisa. Iba acompañada por su tía Girolama Brondi y por el canónigo Giacomo Antonio Casella, a quienes se unió poco después el canónigo Mascardi. En la llegada a Santa Chiara la *santina* quedó bajo la obediencia de monseñor Giuseppe Martellini, padre hospitalero, y de sor Costanza Celeste Piazzini, priora. Una serie de *Memorie e resoconti sulla permanenza a Pisa di Maria Caterina Brondi* relatan su rutina, que, además de la misa, la confesión y la meditación, incluía la asistencia a las enfermas, los discursos a las monjas, los ejercicios espirituales a jóvenes nobles y la educación de novicias. Sin olvidar las audiencias públicas con los devotos, las audiencias individuales con eclesiásticos —entre los cuales cabe destacar a Agostino Saluzzo, obispo de Aleria, y al abad Cesare Nicolò Bamacari, su futuro biógrafo—, y la meditación de la Pasión de Jesucristo, a la que dedicaba los viernes y sábados.

La primera entrevista entre Brondi y Cosme III se produjo el 21 de mayo en el hospital. Los encuentros entre ambos, e incluso con la *elettrice* Ana María Luisa de Médici, hija del gran duque, se repitieron en diversas ocasiones. Unas veces tuvieron lugar en la ciudad pisana y

otras en la corte florentina. Más que esas conversaciones, algunos autores, como Bonfigli, han preferido resaltar como extraordinario el hecho de que ese gobernante manifestase por escrito la estima que sentía por Caterina, aunque una memoria del 17 de mayo de 1719 dejaba entrever la sombra de que su interés tuviese una finalidad política relacionada con la sucesión dinástica. Por otra parte, la veneración y la curiosidad de las gentes se dejaron sentir en la gran afluencia de personas que se acercaban al hospital para verla y hablarle. Eran hombres y mujeres, religiosos y laicos, nobles y personas de estamentos sociales diversos, para los cuales Caterina era un ángel de misericordia. Su presencia fue reclamada incluso en conventos femeninos de la zona, como San Benedetto, donde pretendían que les indicase las directrices que debían corregirse en el funcionamiento o disolución de la institución.

Las cartas enviadas el 6 de junio desde Roma por el cardenal Fabrizio Paolucci a Tommaso Bonaventura della Gerhardesca, arzobispo de Florencia, y a monseñor Frosini, ponen sobre la mesa los proyectos de traslado de Brondi a Florencia y a Livorno, siendo elegido este último lugar por deseo expreso del papa Clemente XI. Sin embargo, las fluctuaciones en el estado de salud de Caterina sirvieron para hacer aflorar otras cuestiones. Por un lado, la voz de Cosme III, quien en carta de 3 de julio dejaba constancia del «senso di amarezza e di cordoglio con cui io abbia sentito l'aggravamento di salute della buona serva di Dio». Por otro, la intención familiar de devolverla a su ciudad natal. Y, por último, las discrepancias entre quienes estaban a favor y en contra de ese traslado, enfrentándose el doctor Giuseppe Zambecari con las monjas de Santa Chiara y con los médicos Giovanni Maria Taddei y Giovan Antonio Corazzi. El viaje de regreso a Sarzana, emprendido el 24 de julio, concluyó a medio camino, cuando la *santina* en la iglesia de la Madonna dell'Acqua rogó, gravemente enferma, regresar a Pisa y sus ruegos fueron atendidos.

El 28 de julio de 1719 Maria Caterina Brondi falleció tras una larga agonía. Ese mismo día se comunicó el deceso a Cosme III y dos días después se hizo lo propio con las autoridades romanas, aunque otras personas todavía tardaron algunas semanas en conocer de manera ofi-

cial la noticia, entre ellas el general pontificio Giovanni Battista Rospigliosi. Durante los cuatro días posteriores el cadáver quedó expuesto en la capilla grande del Palacio Arzobispal de Pisa, se le salmodiaron nocturnos de muertos, se le realizaron las exequias, se le practicó la autopsia —en la que intervinieron Zambeccari, Corazzi, el médico Pascasio Giannetti y el cirujano Francesco Parabosco, entre otros—, se celebró una ceremonia y una misa con la participación de todos los magistrados de la ciudad y se expuso el cadáver al público, que, proveniente de lugares diversos, mostró su afecto y veneración.

Pronto aparecieron divergencias entre Génova, Sarzana y Pisa por disponer del cadáver. A mediados de agosto la Sagrada Congregación del Santo Oficio redactó un artículo que aprobaba que el cuerpo de la difunta se conservase en el lugar donde había fallecido, siendo sepultada en la catedral pisana. Las muestras de dolor alentaron la búsqueda de culpables y algunos asignaron este papel al doctor Zambeccari, a quien apodaron el Carnicero, aunque un siglo más tarde el historiador de la medicina Max Neuburger lo definió como uno de los pioneros de la fisiología experimental en el siglo xvii. También hubo muestras de admiración que se plasmaron en actos celebrados en memoria de la *santina* y en composiciones poéticas, como la realizada por el noble Camillo Raineri Borghi.

Además de esas piezas del momento, mayor importancia revisten las *Memorie Istoriche delle Virtù, ed Azioni di Maria Caterina Brondi Vergine Sarzanese*, que nacieron de la voluntad del arzobispo Francesco Frosini con el objetivo de persuadir a unos y a otros sobre la autenticidad del caso, defendiendo al mismo tiempo la memoria de la difunta. Algunos historiadores, como Adriano Prosperi, han añadido que a través de este tipo de obras se alimentaba la devoción y la curiosidad del pueblo ante unas figuras carismáticas que transmitían la imagen de la santidad y de la perfección espiritual propia de la época.

El proyecto hagiográfico contó desde el principio con el apoyo de Cosme III y fue confiado al padre Cesare Nicolò Bambacari, abad del monasterio de San Frediano, en Lucca, porque parecía la persona adecuada al no resultar crédulo ni tampoco favorable a ciertos movimien-

tos religiosos, como el quietismo. La labor de este eclesiástico se inició con el viaje a las ciudades por las que transcurrió la experiencia vital y espiritual de Brondi, donde mantuvo conversaciones con numerosas personas. Además de los testimonios orales, consiguió textos que narraban episodios diversos, la autoría de algunos de los cuales correspondía a la propia *santina*. El proyecto generó una circulación postal que incluyó a personajes ilustres como los cardenales Orazio Filippo Spada, Giovan Battista Tolomei, Carlo Agostino Fabroni y Orazio Olivieri, el jesuita Giovanni Battista Grimaldi o la beata Florida Cevoli. E incluso se elaboró un listado con la intención de demostrar que los testimonios correspondían a personas fidedignas.

Los documentos no solo hablaban de Caterina como un bello espejo de ejemplo, destacando la labor caritativa que había ejercido entre los pobres, ayudándoles y sirviéndoles en sus necesidades, visitando hospitales y cuidando enfermos, instruyendo a las personas ignorantes en los dogmas de la fe, sino que también dejaban sentir su influencia en la entrada en religión de diversas jóvenes, siendo un ejemplo la sirva de Dios Maria Maddalena Boscaini. El fervor de algunos les llevó a trazar paralelismos entre ella y Jesucristo, pues, según decían, ambos se vieron sometidos a sufrimientos y persecuciones en vida y después de muertos. En defensa de la *santina*, Frosini recurrió a las palabras de Juan XXII, cuando decía que antes de creer aquello que escuchaba en descrédito de alguien, quería tocarlo con la mano, pues —según advertía— muchos de quienes calumniaban a Brondi ni siquiera habían ido a su encuentro ni la habían examinado. Las críticas, que tenían su origen en algunos doctores de Pisa —aunque después continuaron por Génova, Bolonia, Turín y Roma—, se fundamentaban en las admirables exterioridades que Caterina presentaba y que por ley natural no debían admitirse en un cuerpo. De ahí que hubiese quien la consideraba víctima engañada y quien, por otro lado, la tildaba directamente de embaucadora. El resultado de la autopsia no ayudó a disipar las sospechas de falsa santidad, porque se encontraron excrementos en el intestino y porque solo eran visibles morados y no las señales de los estigmas. La controversia se vio avivada por el doctor Zambecari a través

del *Compendio della vita di Maria Caterina Brondi* y otros textos, mientras que el auditor Giovanni Andrea Pini, encargado de redactar el informe de la autopsia, alegó que solo había escrito lo que le dictaron los médicos.

Durante el tiempo que duró el proyecto, la polémica arreció. A monseñor Frosini se le reprobó su labor y su incapacidad para ejercer como director, a Bambacari lo acusaron de distorsionar los atestados y relaciones que servían de base a la obra hagiográfica, mientras que a Mascardi se le culpó de intentar que Caterina pareciese una santa. En su descargo Bambacari aclaró que escribía desde el punto de vista del historiador que da por supuesta la sinceridad de los documentos que tiene entre manos, habiéndose acercado a las cuestiones a través de los testimonios y de sus propios pensamientos, los cuales —según precisó— se apoyaban en libros de historia eclesiástica y, especialmente, en los textos de los Santos Padres de la Iglesia y de algunos místicos, como san Agustín de Hipona, san Bernardo de Claraval, santo Tomás de Aquino, san Francisco de Sales o el más coetáneo cardenal Giovanni Bona, entre otros. Tampoco se olvidó Bambacari de evocar figuras femeninas, como la beata Ángela de Foligno o las santas Catalina de Génova y Teresa de Jesús. Además, arguyó que también había tenido en cuenta las bulas de Urbano VIII y de Inocencio XI, que había contado con la opinión de Cosme III y de monseñor Frosini, y que había supeeditado el texto a la revisión de teólogos para evitar la más mínima sombra de apología o de controversia, pues defendía que eran tan solo unas simples memorias históricas. En carta dirigida al gran duque en septiembre de 1721, añadía que Dios quería ver publicada la historia de aquellas almas que le servían y quería que se realizase por medios humanos, así podría saberse que grandes príncipes se habían interesado en estos asuntos. Por tanto, mediante esta carta Bambacari no solo expresaba su agradecimiento, sino que redimensionaba el papel de patronazgo y de protección ejercido por el Gran Duque.

Quizá por ciertas similitudes con el quietismo, Clemente XI se mostró contrario a Brondi. Su sucesor Inocencio XII mantuvo un posicionamiento similar. De manera que solo en enero de 1722 llegó a manos

de monseñor Frosini una copia de la carta dirigida por Inocencio XIII al cardenal Agnese. En ella se concedía a Cosme III plena libertad para la publicación de las *Memorie Istoriche*. Sin embargo, el paso por la imprenta se dilató hasta 1743, cuando vieron la luz bajo el papado de Benedicto XIV. La obra fue editada en dos volúmenes, el segundo de ellos en lengua latina, pues su contenido requería mayor discreción en su lectura y se consideró que solo debía llegar a personas doctas.

La experiencia de Maria Caterina Brondi no fue simplemente un fenómeno a nivel local, sino que ella y su fama traspasaron las fronteras genovesas hasta el Gran Ducado de Toscana, llegando a conocerse y controlarse sus actividades desde la corte pontificia, en Roma. Recuperar su experiencia no solo significa dar voz a múltiples testimonios, sino también reconocer el esfuerzo realizado por cuatro hombres que asumieron roles bien diferenciados, aunque de primer orden. El canónigo Giovanni Bartolomeo Mascardi hizo tareas de recopilación, conservación y custodia documental. El gran duque Cosme III fue el gran intermediario que redireccionó la correspondencia recibida de terceros. El abad Cesare Nicolò Bambacari recabó y seleccionó la información necesaria para elaborar su obra. Y el arzobispo Francesco Frosini asumió el timón del proyecto hagiográfico. Sin ellos, el rastro de la *santina di Sarzana* en la historia hubiese desaparecido. Estos hombres, junto a otras personas, pasaron de ser personajes secundarios a convertirse en buena medida en coprotagonistas. Sus testimonios sitúan a Caterina ante Cosme III y ante Roma, resaltando como extraordinario cuanto le sucedía a ella. Justamente una de las aportaciones de la investigación es la reconstrucción del caso a través de los textos escritos, donde quedan reflejados los pensamientos y la participación de cada uno de estos hombres, aun cuando pudieron exponer esas reflexiones de manera sesgada —tal y como a veces reconocen ellos mismos—, porque eran conscientes de que se trataba de una materia delicada.

Monseñor Frosini se muestra al investigador como el personaje fuerte que toma las riendas. A pesar de los ataques, conserva autoridad y crédito como eclesiástico frente a un canónigo Mascardi cuyo testimonio pierde rigor a causa de su parcialidad. Los argumentos del doctor

Zambeccari pueden tildarse de poco sostenibles científicamente a la hora de defender la experiencia de Brondi, siendo rebatidos en las *marginalia* que contiene el manuscrito original. Sin embargo, las críticas más importantes son las que se dirigen contra la *santina*, pues directa o indirectamente —a través de los ataques a terceros— colocaron su experiencia mística bajo el microscopio. Los críticos señalaron que esa experiencia se había basado, en realidad, en la equiparación de amor y sufrimiento y en la anulación de su propia persona, razones que la llevaron a vivir en condiciones extremas. Este argumento facilitó trazar un paralelismo entre su vida pasiva y contemplativa, y algunos puntos defendidos por el quietismo. Sus mayores enemigos aparecieron en los estamentos religiosos y resulta interesante constatar que el posicionamiento de los mismos en contra de ella es proporcional a su fama. Aumenta a medida que es conocida a un nivel territorial más amplio. El hecho de que en determinado momento Roma sea alertada de la influencia que ejercía sobre algunos religiosos, hace pensar en que pudo asumir en cierto modo el papel de «divina madre». El caso más evidente sería la devoción demostrada hacia ella a lo largo del tiempo por el canónigo Mascardi, que puede interpretarse como un claro ejemplo de la reformulación de los roles de director y dirigida.

Sobre el patronazgo ejercido por Cosme III, lo cierto es que, a pesar de mostrarse a su favor, defendiéndola y buscando su beneficio, la documentación consultada hasta el momento no permite saber si sentía cierta predilección hacia ella frente a otras mujeres místicas coetáneas. Crea cierta duda razonable el hecho de que, nada más morir, se pusiese en marcha la maquinaria para encontrar a otra sierva de Dios que cumpliera un patrón similar. A través de la correspondencia se advierte una afectación y el uso de recursos literarios y retóricos que quizá habría que situar en el mismo nivel que los términos autodespectivos que utilizaban Caterina y algunos religiosos al referirse a sí mismos como pecadores e indignos.

Hasta ahora no se ha podido conocer si se abrió un proceso de beatificación, porque lo único que podría considerarse un primer paso en tal sentido son la recopilación de testimonios y la elaboración de la

hagiografía. A ello cabría añadir que, si bien en su inicio la alargada sombra de Cosme III pudo favorecer que la Iglesia aceptase el caso Brondi, luego confluyeron toda una serie de factores que, es de suponer, acabaron jugando en contra de ella y de un posible proceso. Cabría preguntarse hasta qué punto la visión romana se vio influenciada de forma negativa por la expectación generada a su alrededor, el comercio de reliquias o su presentación como divertimento ante los cortesanos en Florencia durante una de sus visitas. A su muerte en 1719 le siguió no solo el conflicto entre detractores y devotos, sino también la muerte en 1723 del gran duque, su protector. En 1743, año en el que concurren el fallecimiento de Ana María Luisa de Médici y la publicación de las *Memorie Istoriche*, ya habían desaparecido Cesare Nicolò Bambaccari, Francesco Frosini y Giovanni Bartolomeo Mascardi. Sin duda, ello debió afectar a todo el proceso. No había nadie que continuase defendiendo de forma activa su excepcionalidad.

La experiencia espiritual de Maria Caterina Brondi, expuesta a grandes rasgos en estas páginas, puede considerarse breve, aunque en realidad, y según ya se ha apuntado, se convierte en un episodio revelador de la vida religiosa y política en Génova, la Toscana y, por extensión, en la Europa de finales del siglo xvii e inicios del xviii. En el trasfondo muestra los aires de reforma que existían en los conventos femeninos, el pensamiento de las órdenes mendicantes y de los movimientos penitenciales, la valiosa labor desarrollada por los jesuitas con las misiones populares, los nuevos supuestos acerca de los contenidos de las hagiografías y la importancia de la cuestión sucesoria en el Gran Ducado. El caso no es excepcional, pues repite buena parte de los patrones de las denominadas «santas vivas» de la época. Aun así, las circunstancias en las que se desarrolló su experiencia y la copiosa correspondencia generada a su alrededor convierten a la *santina di Sarzana* en un personaje digno de este estudio particularizado.